

LA MADRE DE FAMILIA.

BIENOTECIA MUNICIPAL
MADRID

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.
CON LA
aprobacion eclesiastica,
y bajo la direccion
DE
E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesias, seccion
doctrinal, y cuanto
juzguemos á propósi-
to para la instruccion
religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sal-
drá los dias 8, 14, 23 y
30 de cada mes, y con-
stará de ocho páginas
en igual tamaño al de
este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
cion de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, y que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también los pagos
en sellos de franqueo
de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre,
pueblo de su residen-
cia y provincia á que
pertenecen.

8 de Junio de 1878.

DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Año IV. Número 5.º

SUMARIO.

Eva. por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**El toque de Oracion**, por M. de Cuenca.—**El día de San Silvestre**, por Emilio Souvestre.—**Calvario y redencion**, cartas de tres hermanos, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Seccion doctrinal**, por idem.

EVA.

La frente de Cain se contrajo al rumor de estas palabras misteriosas, que llegaban como un eco á vibrar en su corazon.

Pasó su crispada mano por sus revueltos cabellos, y una resolucion terrible brilló en la sombría mirada de sus ojos, mientras una sonrisa infernal se dibujaba en sus pálidos labios.

—¡Si,—murmuró,—es preciso que yo me libre de su vista; los dos no cabemos en la tierra.

Y saliendo al campo, buscó á aquel hermano á quien tanto odiaba y se acercó á su lado, ocultando el rencor que estremecía su seno.

Abel que nada sospechaba de cuanto pasaba en aquel tenebroso pensamiento, le divisó á lo lejos, y corriendo á su lado, le demostró con la alegría que le inspiraba su presencia el cariño que sentia por él.

—Ven,—le dijo,—y podrás contemplar la hermosura de mis ganados, y el placer con que el corderillo bebe la leche de las blancas y dóciles ovejas,

—No,—respondió Cain,—si quieres complacerme, sígueme tú, y admiraremos juntos la fertilidad de los campos que labra mi mano y que prosperan fecundados por mis perennes afanes.

Abel dócil y sumiso siempre, siguió á su hermano y ambos se internaron en la espesura de los bosques.

Las nubes agrupándose en los espacios empezaban á ocultar la claridad del sol, y el viento desencadenado y furioso gemía en las gargantas de las montañas, asemejando sus silvidos á gritos de amenaza ó á dolientes quejas de muerte.

De vez en cuando algun azulado relámpago anunciaba la tempestad lejana aún, y las aves y las fieras corrían azoradas, sin saber donde ocultarse del peligro que presagiaban.

La deshecha borrasca que agitaba el seno de Cain, era mas espantosa aún que la que conmovía á la naturaleza.

Abel iba delante de él confiado y tranquilo, sin sospechar que la muerte caminaba á su lado y ensayaba su golpe mas certero, para hacer en él su primera presa.

Al verle tan gentil, tan hermoso y risueño, un vértigo se apoderó de la mente de su hermano; sus ideas se confundieron agitadas por la cólera y por la envidia, su mirada se veló en sangre, y levantando su homicida brazo descargó el golpe fatal que estremeció la tierra asombrada del primer crimen.

Abel, herido por la espalda y arrojado en tierra por su hermano, apenas tuvo tiempo de lanzar un grito, grito que se confundió con la espantosa voz del trueno, que respondía en los aires á aquel gemido de muerte.

La oscuridad se hizo completa.

La lluvia cayó en anchos torrentes sobre el estremecido suelo, y un relámpago rojo y siniestro iluminó con su llama el espacio.

Cain deslumbrado por aquella luz, llevó la mano á sus ojos y sintió que sus sienes estaban salpicadas de un líquido ardiente.

Era la sangre de Abel que habia saltado á su frente, manchándola con la marca del fratricida.

Al ver aquella sangre, al contemplar el desorden de la naturaleza que le amenazaba por doquier, al ver aquellos ojos sin brillo que parecían fijarse en él, y aquellos labios cárdenos que parecían abrirse para acusarle, los cabellos se erizaron sobre las sienes de aquel hermano culpable, tuvo miedo de sí mismo, y corrió sin direccion fija, anhelando solo huir de aquel espantoso lugar.

Por un instinto del terror que le dominaba, y sin darse cuenta de ello, se dirigió en su carrera á la tienda de sus padres, como si la presencia de estos hubiera tenido el poder de alejar los fantasmas que la voz de su conciencia empezaba á evocar á su paso.

Su madre cuidadosa, esperaba ya á sus dos hijos.

El furor de la tormenta la habia hecho temblar por ellos, y pálida y agitada fijaba con angustia la vista en la senda por donde ambos tenían costumbre de venir.

Al divisar de lejos á Cain, una dulce sonrisa entreabrió sus labios que murmuraron con expansión:

—¡Oh! ¡allí están salvos de todo peligro y viniendo á refugiarse entre los brazos de su madre!

Pero un instante despues, la palidez de sus mejillas se aumentaba, y su pecho se oprimía con el afán de un presentimiento funesto.

¡Cain volvía solo! solo entró en la tienda, con el crimen que acababa de consumir impreso en el rostro.

Al verlo su madre corrió á él, cojió entre las suyas aquellas manos que temblaban y le preguntó con un acento del alma:

—¿Qué tienes? ¿qué tienes hijo mío?

Él nada contestó: separó su diestra de la de su madre y ocultó con ella su frente.

Eva le miraba llena de asombro, y su angustia crecía á medida que se prolongaba su silencio.

¡De pronto la infeliz madre lanzó un grito! habia visto manchadas de sangre las ropas y la frente de su hijo; y en su misma mano, en la mano con que estrechara la de Cain, habia visto sangre tambien!

Un pensamiento horroroso cruzó por su mente: un sentimiento inesplicable agitó todo su ser y con una voz timbrada por la duda y por la agonía,

—¿Y tu hermano?—gritó,—¿dónde está mi hijo?

Cain no pudo contestar á las palabras de su madre.

Azorado, temblando, sombrío, quizo levantarse, quizo huir, por no sufrir la mirada de aquella infeliz, pero no tuvo fuerzas, y cayó anonadado sobre el asiento mismo que habia intentado abandonar.

Eva repitió sus preguntas una y mil veces, sacudió con fuerza el brazo de su hijo, y desesperada por no poder penetrar el misterio que la ocultaba, salió de la tienda loca de dolor, y se precipitó por el bosque llamando á Abel, cuya voz ¡ay! no contestaría ya mas al acento de su madre.

Sin cuidarse de la lluvia que empapaba sus cabellos, ni de los guijarros que ensangrentaban sus piés, la desgraciada mujer corría con la velocidad del pensamiento, y fijaba sus ojos

en todas direcciones, intentando hallar la huella de aquel hijo á quien tanto amaba.

La fatalidad sin duda guiaba sus pasos, pues aun que insegura y vacilante, seguia la misma senda que Cain habia recorrido.

De pronto y en medio de su incertidumbre, llamó su atencion el graznido del cuervo, que se alzaba estridente y lastimero en medio de la soledad.

Aquel graznido remedaba un lamento, y sin saber explicarse la causa, Eva corrió hácia aquel sitio, con el cabello en desórden y las manos estendidas.

Guiada siempre por la lúgubre voz de aquel pájaro, llegó á un punto del bosque donde las ramas tronchadas mostraban que alguno acababa de cruzar por allí; siguió aquellas señales, dió algunos pasos mas, y en breve se detuvo, y quedó espantada y muda ante el espectáculo nuevo y desolador que tenia á la vista.

Su hijo predilecto, su dulce Abel, el amor mas puro de su alma, estaba allí, cárdeno y lívido, inmóvil y frío, tendido en tierra, y con el pecho abierto, sin tener sangre ya que verter por la herida.

Eva le movió sin conseguir cambiar por un momento aquella estraña rigidéz.

Le llamó con los nombres mas dulces, con las frases mas apasionadas, sin que un suspiro siquiera entreabiese aquellos labios adorados.

La infeliz madre se retorcia las manos en su dolor, lanzaba ayes desesperados, sin poder descifrar aquel misterio que por vez primera se ofrecia á su vista.

Una sospecha terrible ajitó entonces su corazon.

¿Seria aquella la muerte?

¿Seria la sentencia de Dios que empezaba á cumplirse, tornando a la nada lo que de la nada habia sido sacado?

¿Seria aquel el no ser, el término de la vida, la comun suerte que á la debil humanidad habia atraido ella como consecuencia de su pecado?

¡Oh! si; aquella era, y la infeliz no podia sufrir un castigo mas espantoso.

Habia perdido para siempre á su hijo, y en aquel hijo amado era en quien aprendia el horror de la muerte!

Loca, desesperada, sin encontrar un ser que la prestara consuelo, y derramando á torrentes las lágrimas, huyó de aquel lugar que la inspiraba un instintivo espanto, y volvió á su morada, para buscar al menos un asilo á su mal en el corazon de su esposo.

Mas, ¡ay! otra intensa amargura le esperaba allí.

En la tienda no estaba ya Cain, que habia huido para siempre maldecido por el Señor.

Solo Adan se hallaba en ella triste, sombrío y abrumado por el pesar.

—Hemos perdido un hijo,—gritó Eva al verle, arrojándose en sus brazos.

—¡No!—respondió Adan;—hemos perdido los dos!

—¡Como!—esclamó la pobre madre próxima á desfallecer.

—El uno ha muerto víctima de la envidia, el otro ha huido para siempre, víctima de su crimen, y esclavo de su remordimiento.

Un ancho sollozo levantó el pecho de Eva, que cayó de rodillas murmurando á media voz:

—¡Infeliz la madre, que causó la eterna desventura de sus hijos por un momento de fatal error!

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL TOQUE DE ORACION.

Del sol el claro fulgor
el cielo apenas colora;
espira su resplandor
lo mismo que se evapora
el aroma de una flor.

Azulada niebla crece,
rosada luz se deshace....
que se contemplan parece
una dicna que fenecer,
con un recuerdo que nace.

Poco a poco el cielo llena
la sombra densa.... infinita,
y en una calma serena
todo calla, solo suena
la campana de la hermita:

Sus lentos y tristes sonos,
tienden misterioso vuelo:
van buscando corazones
que les den sus oraciones
para llevarlas al cielo.

Ecos tristes que pasais,
referidme, si quereis,
las penas que consolais
y las venturas que veis,
y los llantos que enjugais.

Dadme la eterna riqueza
que el sentimiento atesora;
esa divina belleza
de una niña cuando reza,
de una madre, cuando llora.

¡Una madre! en su quebranto
vierte en doliente querella
lágrimas que valen tanto,
que cada gota de llanto
sube á formar una estrella.

¡Mas, pasan los tristes sonos
sin atender á mi anhelo.....
van buscando corazones
que les den sus oraciones
para llevarlas al cielo!

M. de Cuenca.

EL DIA DE SAN SILVESTRE.

POR

EMILIO SOUVESTRE.

Al pié de las montañas que separan la Baviera de los estados de Wemar, se encuentra una pequeña ciudad llamada Horff, que domina una parte de los valles regados por el Mayn. Situada la modesta ciudad lejos de los caminos mas transitados, ha conservado sus antiguas costumbres, y se encuentra aún en ella aquella sencillez grave, perdida en parte en el resto de Alemania. Así es que se acostumbra apellidar á Horff «La vieja tribu».

En ella vivia algunos años ha, un extranjero llamado Loffen. Se le creia natural de Bohemia, y en otro tiempo habia servido en las filas austriacas, con el grado de mayor. Pero la paz de 1815 le habia licenciado, y se dirigió entonces á Horff con una niña llamada Dorotea, quien fué despues una bellissima joven.

El mayor Loffen era un hombre instruido, valeroso y capaz de hacer cualquier sacrificio. Por desgracia, la violencia de su caracter habia turbado toda su vida y suspendido sus ascensos en el ejército. La menor contrariedad hacia que se dejara llevar por excesos de cólera, que mas tarde deploraba, aunque la vergüenza y el orgu-

llo le impedian confesarlo. Habia perdido sucesivamente sus mejores amigos y sus mas decididos protectores.

Sin embargo, lo que no pudieron los consejos y las reconvenciones, consiguiólo el tiempo. Esa especie de fiebre interior que se deshacia en subitos arranques de cólera, á pesar de las resoluciones del mayor, fuese calmando poco á poco; la sangre circuló en sus venas con más lentitud; la experiencia hizo que su espíritu no fuese tan ligero en condenar á los otros, y pudo oir sin impaciencia una opinion contraria á la suya.

La paternidad concluyó esta conversion. Cautivado por las gracias infantiles de Dorotea, el leon se convirtió en hombre; y el que por espacio de treinta años habia resistido á sus amigos y enemigos, vino á ser insensiblemente el esclavo sumiso de una niña.

Loffen no era, pues, la continuacion de sí mismo, era sí, un hombre enteramente nuevo. Apenas algunas irritaciones pasajeras recordaban de vez en cuando lo pasado. Era como una amortiguada tormenta, cuyos apagados rumores se oyen solamente á lo lejos.

Por otra parte, un gran cambio se preparaba en la posicion del mayor; su hija iba á casarse. Se habia desposado con un jóven ingeniero de montes, llamado Villian Munster, que conoció á su llegada á Horff, y con el cual habia crecido.

El jóven se habia encerrado con su suegro, y acababan de arreglarlo todo para esta próxima union.

—Así queda convenido,—dijo rechazando las cuentas que le presentaba Mr. de Loffen, las cuales ni siquiera quiso ojear;—nosotros tomaremos la casa que está cerca del agua.

—Toda vez que gusta á Dorotea,—replicó el mayor.

—A mas, estaremos con mas comodidad que aquí.

Loffen suspiró.

—¿Os disgusta esta mudanza?—preguntó vivamente Villian.—¡Ah! si es así, quedemonos.

—No, hijo mio,—repuso el viejo soldado poniendo sus manos entre las del ingeniero;—yo no echo de menos esta casa.

—¿Entonces, por qué suspirais pues? De algunos dias á esta parte os veo triste.... ¡Ah, no me ocultéis nada, padre mio! ¿He hecho acaso alguna cosa que haya podido disgustaros?

—No, de ningún modo, hijo mio; pero este casamiento.... ya ves, me recuerda tantas cosas!..... A mas estoy celoso de tí.

—¿Que es lo que decís?—esclamó el jóven.

—Celoso,—repuso sonriendo el mayor, pues

vas á ser el objeto predilecto de Dorotea, ¡Oh, no pretendas negarlo! Es muy natural, y estoy muy lejos de quejarme. Pero ves, la costumbre me ha hecho egoísta. Hasta el presente, yo solo habia sido el objeto de los desvelos de mi hija; no tenia nadie mas que á mi á quien cuidar y distraer: ahora su tiempo y sus afecciones van á encontrarse divididas; yo no podré tenerla siempre á mi lado, y las horas de soledad me espantan.

—Vuestros temores han sido adivinados por Dorotea, dijo el ingeniero;—el otro día me los comunicaba con los ojos arrasados de lágrimas.

—¡Qué dices! interrumpió Loffen:—¡ah! entonces yo ocultaré mi tristeza: no turbaré la dicha de mi Dorotea. No le hables jamás de cuanto he dicho, Villian; es una debilidad de viejo, una locura. ¿No viviré por ventura cerca de vosotros? ¿No os veré acaso todos los días? Esto no son mas que nuevas costumbres que tomar; yo las tomaré.

Villian nada contestó, y hubo un corto silencio. En fin, dirigiendo á hurtadillas una mirada al mayor.

—Habia un medio de prevenir el aislamiento que temeis,—dijo titubeando.

—¿Cual?

—Una persona que os ha sido querida, habita en Egra....

—¡Basta, basta, Villian!—interrumpió el mayor, levantándose bruscamente,—Dorotea ha debido decirlo lo que contesté respecto á esto. No hay que remover las cenizas de las afecciones destruidas.... No me habéis jamás de esto, Villian; yo os lo ruego como amigo, y como padre lo exijo.

Munster se inclinó de un modo afligido, y Loffen salió.

La persona que habitaba en Egra y á la cual el ingeniero habia aludido, no era otra que la madre de Dorotea. Casada muy joven con Loffen, á quien amaba en un principio, habia encontrado su dicha en esta union, pero poco á poco el carácter de Loffen alteró su felicidad. Carlota, altiva y susceptible, no habia podido sufrir algunos arrebatos que le parecían injuriosos. Lejos de acomodarse al genio de su marido, le irritaba por su resistencia, reproches y descontento; la indiferencia iba todos los días en aumento, hasta que la frialdad vino á reemplazar á la efecion. Entonces cada uno de ellos habia guardado silencio haciendo los sufrimientos en su corazon, y dejándolos agriar el uno por el otro. En fin, el exceso de dolor condujo á un violento rompimiento. Carlota partió para Egra, en donde tenia parientes, y Loffen con su hija fué á habitar en Hoff.

Pero la separacion no parecia haber mitigado su irritacion. Sea que la memoria de Carlota le recordaba agravios que le sonrojaban, ó mejor que conservase aun contra ella su resentimiento, evitaba todo lo que podia recordarle á la madre de Dorotea. Su retrato, que habia guardado fué cubierto con una tela y relegado á un gabinete oscuro; su piano, cerrado con cuidado, estaba medio escondido en el rincon de un cuarto inhabitado; exigió aun que Dorotea estudiase el arpa como si temiera una reminiscencia del pasado. Todas cuantas tentativas habia hecho su hija para combatir esta especie de odio, fueron hasta entonces inútiles: pero era una de aquellas almas á las cuales la bondad dá ánimo y que jamás dejan de procurar el bien.

II.

Entre tanto el día fijado para el casamiento habia llegado, la bendicion nupcial no debia tener lugar hasta despues de media noche en el templo mas inmediato; pero los amigos y vecinos de Loffen, fueron invitados á reunirse antes para la cena de la boda.

Llegaron al anochecer y fueron recibidos por los novios; cuando estuvieron reunidos, Loffen quiso dejarles para asegurarse si todas las disposiciones habian sido dadas, mas Dorotea se opuso á ello.

—Perdonad, padre mio, dijo, suspendiéndose de su cuello, pero os prohibo dejarnos.

—Y por qué? preguntó sonriendo el mayor,

—Por que hoy no teneis el derecho de mandar aquí.

—Como!

—Yo soy únicamente la dueña.

—Tiene razon, exclamó riendo el condejero Hofman,

—Pero yo no comprendo....

—Hoy es el día de San Silvestre.

—Por el cielo! lo habia olvidado! exclamó Loffen.

—Es el día de San Silvestre! repitieron todas las voces; hoy no sois el amo en vuestra casa, mayor,

El día de San Silvestre, que es en toda la Baviera una época de regocijo, se celebra en efecto en Hoff de una manera particular. Una antigua costumbre quiere que el orden establecido en las familias sea trocado en este día, y la autoridad ejercida por los padres pasa entera á manos de los niños. Es una especie de transformacion cristiana de las saturnales de Roma, donde los esclavos recobraban por algunas ho-

ras su libertad y se hacian servir a su vez por sus dueños.

El mayor, que se conformó siempre escrupulosamente con la vieja costumbre, contestó sonriendo a su hija, que la dejaba a ella lo mismo que á Villian, la direccion de todo.

—Así, dijo Dorotea,—¿quedamos en que os sometéis a las leyes del día de San Silvestre?

—Sin duda,—respondió Loffen.

(Concluirá.)

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Angelina de Aguilar á Fabian de Osorio.

Tomo la pluma para escribirte por primera vez, amigo mio, y apenas sé si podré expresar bien mis ideas y manifestar con exactitud todos los sentimientos de mi corazon.

Tu sabes que soy casi una niña, que nada conozco del mundo, y que desde que te has separado de mi lado para cumplir no sé que deseo de mi padre me hallo casi sola, casi abandonada, y sin poder adivinar quien me ama ó quien se interesa en mi mal.

Y sin embargo tengo un padre que debiera darme un lugar en su corazon: tengo una hermana que debiera proteger mi adolescencia y ser para mí una madre, ya que me lleva tantos años de edad: ¿por qué ninguno de los dos me profesa el efecto que yo anhelo? por qué mi presencia les causa enojo en vez de inspirarles efecto? ¡No lo sé! en vano me pregunto á mí misma en qué puedo haberles disgustado: en vano tú has querido convencerme de que no me faltaba su cariño: ¡yo sé Fabian, que no me aman! Si mi razon no me lo hiciera ver á todas horas, me lo diría mi corazon en el vacío que experimenta desde que tu no estas aquí.

A veces sorprendo á mi padre con los ojos fijos en mi semblante y la mirada menos fria, menos severa que otros dias; entonces me acerco á su lado y mas animada y mas amante espero que sus labios se posen en mi frente, ó que su mano acaricie mis cabellos siquiera: pero por una transformacion que no me sé explicar, le veo alejarse de mí, mirándome con desden.... casi

creo que hasta con odio, y mi esperanza de conseguir su afecto se desvanece, y lloro y sufro aunque en silencio, y sin que nadie, á excepcion de mi nodriza, la buena Susana, pueda sorprender mis lágrimas, ni escuchar mis quejas.

En cuanto á mi hermana, querido Fabian apenas me atrevo á hablar en su presencia; su aspecto altivo y glacial parece que hiela la sangre en mis venas. ¡Oh no! jamas podra inspirarme confianza, jamas podré vencer el temor que me inspira.

Así es que en esta gran casa, cercada de este lujo, de este esplendor, parece que respiro una atmósfera que me ahoga, y un aire que oprime mi corazon.

En estos criados, puestos á mi servicio, en estas personas que me cercan, observo una vigilancia que me sorprende y que me aterra. El menor de mis pasos, la mas sencilla de mis palabras llega á oídos de mi hermana Valeria, con una rapidez prodijiosa.

Sólo pretexto de acostumbrarme á que me presente en sociedad, siempre me tiene á su lado, sin permitirme un instante de libertad, y vigilándome continuamente. Hoy para escribirte he pretextado que estaba algo indispuesta y que me levantaría un poco mas tarde, suplicando á la doncella que dejase entornados los balcones de mi dormitorio: despues que ha salido, he saltado de la cama y envuelta en mi peinador, á media luz, sin abrir mas para no llamar la atencion, he tomado la pluma y el papel que ayer me trajo Susana y me he puesto á confiarle todos mis pensamientos y todos mis temores.

Despues cerraré esta carta y mi buena nodriza se encargara de llevarla al correo.

Por medio de ella, tambien puedes contestarme tú, por que he comprendido que se quiere evitar nuestra correspondencia.

Hace dos ó tres dias que hablaba con mi hermana, y esta con su acento frio y altivo me reprendia por mi retraimiento y por mi timidez, cuando me presento entre sus amigas,—Anoche, me decia, me causaste un verdadero disgusto, estabas encojida, violenta, y ese aire de tristeza y temor me contraria en extremo, puesto que llama la atencion de nuestros amigos, hasta el extremo de que no faltó quien me hiciera reparar que en tus pestañas brillaba una lágrima.

Esto era verdad Fabian! pero ¿como querias que no me sintiese trémula y aflijida, cuando un momento antes habia oído que Valeria decia á una de las convidadas—Angelina ha estado hasta aquí privada de la razon, mi padre ha hecho esfuerzos inauditos para curarla, pero creo que estas

enfermedades no se destierran nunca por completo.—¡Oh amigo mío! estas palabras me causaron un dolor profundo, y al verme por causa de ellas hecha objeto de la atención general, te confieso que mi turbación creció y que mis ojos se empañaron por el llanto.

Aturdida por las reconvenciones de Valeria, no sabía que contestar, y solo la dije, mientras mi corazón rebotaba de amargura.

—Perdona, hermana mía, pero me agrada poco la sociedad con su falsía y su mentira; permíteme pues que me quede siempre en mi cuarto; nuestros gustos y acaso nuestro destino son bien diferentes: tú eres la rosa que debe brillar y ostentar su hermosura; yo la pobre violeta que es más feliz cuanto más se oculta.

Valeria pareció reflexionar, y me dijo después con un acento más suave que de ordinario y pronunciando una á una sus palabras, estudiando con atención el efecto que producían en mí.

—Si tanto te gusta la soledad, yo no quiero contrariarte: Existen asilos seguros, santos retiros para las jóvenes que no aman el mundo, donde acaso te hallarías bien. Si tú quieres, tal vez nuestro padre consentiría que entrases en un convento.

No sé por qué mi hermana me miraba de un modo que parecía querer penetrar en el fondo de mi alma.

—Tal vez allí sería más feliz! la respondí melancólicamente.

Esta respuesta debió causarla una gran alegría, pues sus ojos brillaron de un modo extraño.

—Pero,—añadí yo con timidez y recordando la promesa que te hice al partir,—esperaré a consultarlo con Fabian.

—El tardara mucho,—dijo Valeria, mientras se oscurecía su hermosa frente.

—No importa,—respondí,—esperaré, ó le escribiré hablandole de esto.

—Niña.—esclamó entonces con violencia,—¿olvidas que Fabian es un extraño para tí? ¿guárdale de escribirle! solo nuestro padre, para darle sus órdenes ó para hablarle de negocios que en nada nos atañen, puede hacerlo; en cuanto á ti, no debo consentirlo, y te lo prohibo.

Iba á contestarle que tú lo eras todo para mí en el mundo, pero no tuve valor, y salí de la estancia, para que no comprendiese mi pesar.

Cuando traspasé el dintel, Valeria no pudo contenerse, y exclamó hablando consigo misma y con un acento timbrado por la cólera.

—¡Oh! cuando él vuelva, ya no estará ella aquí; lo juro.

Estas palabras me han hecho estremecer: ¿donde piensa llevarme, y por qué quiere separarme de tí? ¿es por que tú me amas? ¿es por que tu me protegerías si me amenazase algún peligro? ¡No lo sé! pero ¡ay! tiemblo de todo y me espanta esta soledad del alma que me rodea.

Tú que me conoces: tú cuya mirada ha sido la luz de mi inteligencia y la vida de mi corazón, ven pronto á mi lado, ó al menos escríbeme y guíame con tus palabras, como antes has guiado con tu afecto á esta triste niña huérfana y desamparada, en medio de su familia, y que no tiene más que á ti y una pobre anciana, que la comprendan y la amen. Adios, amigo mío, espera tu carta con afán.

ANGELINA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Cuando salimos al campo.

—¿Querrás prestarme un favor?—dije á mi compañera.

—¿Cuál?—preguntó esta rápidamente.

—Esperarme mañana para que te acompañe también aquí.

—Bueno;—contestó Ana acelerando el paso para llegar á casa más pronto.

Esta mañana me levanté muy temprano, y sin que nadie tuviera que llamarme como otros días. Yo no sabía explicar esto, pero Ana, que estaba aguardando ya, me dijo.

—Veo que el ángel de la guarda ha tenido cuidado en despertarte hoy: es por que sabía sin duda que ibas á hacer una cosa buena.

Comprendí que Anita sabe todas las cosas mejor que yo, y la seguí alegremente, dando las gracias á mi buen ángel.

Llegamos á la casa de Lorenzo, y entre las dos la arreglamos tan pronto, que fué una maravilla. Luego, entre las dos también cosimos alguna ropa del pobre viejecito; ya verás esta tarde que limpio y transformado viene. Yo iba á llevar á Anita este vestido de seda negra de mi muñeca, para hacer una corbata al buen Lorenzo, que no tenía ninguna, y que yo quería que se pusiese hoy: ya ves como te has engañado al suponer que iba á jugar.

Adolfo besó á su hermanita en la frente, y la dijo conmovido:

—Perdóname Julieta, y en prueba de que no me guardas rencor, permíteme que también tome parte en vuestra obra; es tan hermoso el hacer bien!

—En hora buena, ¿pero cómo nos vas á ayudar tú, que ni puedes coser, ni...

—Yo tengo algun dinero del que papá nos dió al venir, y lo emplearé en socorrer al pobre viejo.

—¡Oh, muy bien! ven conmigo y se lo diremos á mi amiguita.

Los dos niños iban á emprender la senda que conducía á la casa de Ana, cuando esta apareció al estremo de una calle de árboles, y se dirigió presurosa hacia ellos.

—¿Dónde vas?—la preguntó Julieta, apenas pudo ser oída;

—Á casa de Lorenzo, á quien he ofrecido traer aquí hoy, pues aunque su perro le presta este servicio, creo que yo lo haré mucho mejor.

—Iremos los tres, mi hermano tambien quiere hacer algo en su favor: con que vamos á prisa y mientras llega la hora de la leccion de la abuelita.

En los pueblos las distancias son muy cortas, y en breve llegaron al término de su viaje.

El ciego no estaba allí; recojia sin duda su cotidiana limosna.

Los niños se resolvieron á esperarle.

Entraron en aquella pobre morada y se sentaron en un banco de madera, situado en frente de la miserable cama del mendigó.

Aunque en aquella estrecha habitacion todo respiraba el hábito de la pobreza, presentaba sin embargo un aspecto menos repugnante que otros dias, por que la inocencia y la caridad al penetrar en ella un instante la habian embalsamado con su puro aroma.

Nada habia en aquella estancia que pudiese llamar la atencion, si no un cuadro pintado en lienzo, encerrado en una estrecha moldura negra, que representaba á la madre de Dios al pié de la cruz, recibiendo la mision de ser madre de los hombres.

—¡Qué hermosa Virgen!—esclamó Adolfo, fijando en ella la mirada.

—¡Oh! parece que llora y nos tiende sus manos.—añadió Julieta á su vez.

—Voy á descolgar el cuadro para verle bien á la luz,—murmuró Adolfo, subiendo en una silla y probando á sacar la anilla del clavo.

Las dos niñas le ayudaron á conseguir su intento, pero al lograrlo y en uno de los esfuerzos que hicieron para ello, el marco se despegó por un estremo, cayendo al suelo un papel cerrado y lacrado, y con algunos renglones en la cubierta.

Julieta fué la primera que se aproximó á cojerle del suelo, y presentandolo á su hermano.

—Mira,—dijo,—mira que papel ha caido del cuadro.

—Parece una carta,—murmuró Anita con estrañeza.

—Si; aquí hay algo escrito.

—¿Á ver? ¿qué dice?

Adolfo leyó con trabajo, por que las letras estaban algo borradas por la humedad, estas misteriosas palabras.

—«Sed la depositaria Virgen Santísima, de este papel que encierra el porvenir de mi pobre esposo.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

OBRAS DE LA SEÑORA

DOÑA ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SU PAGO 4 REALES MENSUALES.

Queriendo mostrar de algun modo nuestra gratitud á los señores suscritores á *La Madre de Familia*, les anunciamos que los que quieran adquirir alguna ó todas estas obras, podrán recibirlas sin tener que desembolsar su importe de una vez, y abonándolas á razon de 4 reales mensuales, recibiendo sin embargo, las que indique á vuelta de correo.

Los cuatro tomos siguientes son en folio con grabados y mil columnas de testo cada uno, conteniendo las novelas que se espresan á continuacion:

	PRECIOS.	
	Para los suscritores á <i>La Madre de Familia</i> .	Para los que no son suscritores.
	Reales.	Reales.
TOMO I.		
Lágrimas del corazon.—Consuelo.		
La paloma de los cielos.—La mision de una madre.—El noble y el mendigo.—Delirios de la ambicion.	30	40
TOMO II.		
Buena hija y buena esposa.—La flor del valle.—El lucero de la tarde.—Magdalena.—Culpa y perdon.	30	40
TOMO III.		
Guirnalda de la niñez, coleccion de cuentos morales.—El sueño de un ángel.—Cecilia.—Juicios de Dios.—Una palabra perdida.—Luz y tinieblas.—La lira cristiana, coleccion de poesias religiosas.—El ramo de violetas, id.—Perlas y lágrimas, id.	30	40
TOMO IV.		
Juan, hermano de los pobres, novela histórica religiosa.	30	40
ESCENAS DEL HOGAR,		
un tomo en 4.º con las novelas sigtes:		
La senda de espinas.—Un rayo de luz.		
—La miopía del alma.—Al pié de una Cruz.—La sombra de una madre.—Un amor del cielo.	6	8
La ruina del hogar, drama de costumbres.	6	8
La primera duda, id. id.	6	8
LA MADRE DE FAMILIA.		
Revista literaria, un tomo perteneciente al año 76.	24	30
Id. id. del 77.	24	30